

crimen, y que ha de ser entregado á los eternos suplicios (1).» Pues bien; dos especies de castigos vendrán sobre los profanadores del Santísimo Sacramento, unos temporales, otros espirituales, y todos terribles.

15. CASTIGOS TEMPORALES.—Los hijos de Aarón tomaron sus incensarios, mas no habiendo puesto en ellos, como estaba mandado, fuego del altar de los sacrificios, sino fuego extraño y profano, por ese desacato salió fuego del Señor que los abrasó é hizo perecer instantáneamente. (Levit., X, 1-2.)

Oza, por haberse atrevido á extender su mano sobre el Arca de la Alianza, fué allí mismo castigado y murió con muerte repentina. (II Reg., VI, 6-7.)

Los betsamitas, por haber mirado con curiosidad y sin respeto la misma Arca, recibieron de mano del Señor terrible castigo, siendo víctimas 50.000 del pueblo. (I Reg., VI, 19.) De donde es lógico argüir: Si tan severamente castigó Dios la falta de respeto al Arca del Señor, ¡cuánto más habrá de castigar á los que ultrajen al Señor del Arca! Si en la Antigua Ley perecían los que con alma impura participaban del sacrificio ofrecido al Señor (Levítico, VII, 20), ¿qué habrá de suceder en la Ley Nueva á los que en pecado mortal participen de la Hostia sacrosanta, infinitamente más veneranda que los antiguos sacrificios?

Clarísimamente lo expresó San Pablo cuando dijo á los de Corinto: *Por esto* (por comulgar indignamente) *hay entre vosotros muchos enfermos y muchos imbéciles, y mueren muchos* (2). Se lamentan con frecuencia los hombres de las pestes, hambres y guerras; hacen grandiosos esfuerzos por evitarlas, y no se acuerdan de quitar la causa, que son sus pecados, y en especial las malas Comuniones. *Si guardais mis Mandamientos*—dice el Señor por el Levítico (XXVI),—*os daré lluvias á sus tiempos y tendréis abundancia de mieses, y daré paz en vuestros términos; os miraré con benignos ojos, y crecerá vuestra descendencia... y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo; pero si despreciareis mis leyes, é invalidareis mi pacto, os visitaré con enfermedades y hambres, y os enviaré pestilencias. En una palabra: os daré un cielo de hierro y una tierra de bronce, y enviaré sobre vosotros espada vengadora y os abominará mi*

(1) Multo igitur daemoniaco peior est, qui peccati sibi conscius accedit, quoniam aeternis tradetur tormentis. (S. Crisóst.)—Pueden verse sobre este punto el Padre Scio, en sus hermosas notas á la Biblia, y Ginther, *Speculum amoris*, considerat. XXII.

(2) Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi. (I Cor., XI, 30.)

alma. ¿Y qué mayor prevaricación y menosprecio á Dios, que el acto sacrilego de profanar el Santísimo Sacramento?

16. Fundados en estas razones y en la más sana doctrina católica, no es de maravillar que los Santos Padres de la Iglesia, como San Cipriano, San Crisóstomo, San Gregorio de Tours y otros atribuyan á las Comuniones indignas los males sin cuento que afligieron á su siglo. El mismo San Cipriano, en su libro *De lapsis*, nos refiere varios ejemplos de castigos repentinos en algunos que habían comulgado sacrilegamente. Una mujer, que por temor de los tormentos con que le amenazaban había participado del sacrificio de los ídolos, se acercó á la Mesa del Señor teniendo sobre su conciencia este pecado; mas la sagrada Comunión fué para ella, según expresa el Santo, causa de su muerte. No pudo deglutir la sagrada Forma y se ahogó con ella, cayendo muerta con horribles convulsiones.

Recientemente, en una ciudad de Francia, se celebraba con gran pompa la primera Comunión. Todos los corazones palpitaban de alegría; sólo un niño se hallaba mustio y entristecido. Llegó el momento de la Comunión, y lágrimas de ternura corrían por las mejillas de los que presenciaban el acto, cuando de repente, después de haber comulgado, cayó como muerto el niño triste. «Hijo mío—le dijo el sacerdote—invoca á Jesús, á quien acabas de recibir por primera vez; todavía está en tu corazón para ayudarte.» El niño, casi exánime, mirando al señor Cura, exclamó:—«¡He cometido un sacrilegio!»—Dicho esto, movió horriblemente los ojos, rechinó los dientes, erizóronsele los cabellos y torciendo la boca, se volvió hacia otro lado y murió. ¡Qué ejemplo! (P. Martineng.)

17. CASTIGOS ESPIRITUALES.—Pero esto es nada en comparación de los castigos espirituales, pues la Comunión sacrilega, si pronto no viene un verdadero arrepentimiento, tiene por efecto inmediato *el abandono de Dios y la posesión del alma por el demonio, el endurecimiento del corazón, la maldición divina, la desesperación, la impenitencia final y la condenación eterna.* ¡Cuán tremenda desdicha atrae sobre sí el sacrilego!

Nada más justo que *Dios se retire* del alma impura que tan inicuamente profana la Carne y la Sangre de Jesucristo; nada más justo que la luz esplendorosa de la fe quede amortiguada en aquella alma manchada con el crimen, y que, cesando de obrar la fuerza virtuosa que la retenía en el bien, *caiga precipitada* en el abismo sin fondo de culpas gravísimas. Nada más justo que *Satanás entre en dicha alma* y se poseione de ella, y la sub-

yugue y tiranice, tomando por instrumento sus propias pasiones.

Y como un mal llama á otro mal y un abismo conduce á otro abismo, nada más congruente que, multiplicadas las culpas, se forme, digámoslo así, callo en la conciencia y adquiera lo que se llama *endurecimiento del corazón*, llegando al extremo de cometer sin temor los pecados más enormes y de acumular sacrilegio sobre sacrilegio. Cuando un corazón está ya endurecido, huye de él toda idea de arrepentimiento y expiación y se hace insensible á todos los medios de salud que el Señor misericordioso pone ante nuestros ojos. Ni la unción persuasiva y poderosa de la palabra divina, ni la asistencia conmovedora á una ceremonia religiosa, ni el ejemplo de las personas buenas con sus actos heroicos de virtud, ni la muerte misma que se cierne en torno suyo, diciéndole á cada paso: «Repara ¡oh hombre! que has de morir», nada le conmueve! Hasta que al fin, tanto y tan audazmente persiste en sus perversidades, que atrae sobre sí *la maldición de Dios*, y Dios le deja en manos de su propio consejo; y si por ventura tiene su entendimiento un instante de lucidez espiritual, se aterra de sí mismo, desconfía de su eterna salud y cae en *la desesperación*, la cual le conduce á la impenitencia final y á la muerte eterna.

18. Ejemplo por demás expresivo, nos ofrece el infortunado Judas Iscariote. Fué el primer sacrilego que se hizo reo de la Sangre redentora de Jesucristo por la Comunión indigna. Jesús amoroso le exhorta: Judas, sordo, no le oye, y traidor le vende. Comulgó con la conciencia manchada, y este crimen fué considerado por Jesús como el más odioso y abominable que puede imaginarse. Judas murmura, Jesús le sufre. Es avaro y ladrón; Jesús le sufre. Forma el propósito de vender á su Maestro; Jesús le sufre. Pero desde el momento en que comulgó indignamente, al punto le dejó á merced del demonio. Tan luego como se hubo alimentado con el Cuerpo del Señor, Satanás entró en él y le hizo suyo. Desde entonces nada le detiene en la pendiente del crimen; entrega á su divino Maestro, le hace traición con un beso hipócrita, y luego, cuando el remordimiento tortura su conciencia, no encuentra el supremo recurso del arrepentimiento y de la penitencia. La desesperación le lleva al suicidio y á la condenación eterna.

¿Cuáles son, de ordinario, las causas que arrastran al hombre á tan grande infelicidad? ¿Qué medios conviene emplear para purificar la conciencia y preservarse de comulgar indignamente? He aquí las observaciones prácticas que, con el auxilio divino, haremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXVII

Prosigue la indigna Comunión.

1. ¡Cuán necio es y cuán mal se quiere el hombre que comulga indignamente!
2. Hay dos espadas para él, una en vida, otra en la eternidad.

CUÁN necio y cuán ciego es, respecto á sus verdaderos intereses, y cuán ingrato para con Dios, el cristiano que vive apartado completamente del Sacramento eucarístico! ¡Qué de bienes pierde! ¡Qué de males experimenta, qué de peligros le rodean, y en qué abismo tan profundo se precipita! Este alejamiento de Jesús sacramentado es un verdadero suicidio del alma para el tiempo y para la eternidad; porque el mismo Jesucristo ha dicho que no podemos tener la vida espiritual de la fe ni la vida moral de la gracia, ni la resurrección de la vida corporal de la gloria, *si no nos alimentamos de su Carne y bebemos su Sangre.* (Joann., VI.)

2. Esto que dijo un célebre orador católico, considerándolo como una tremenda desgracia, es poco en comparación de la que sobreviene el hombre infeliz que comulga indignamente, porque su tormento en el infierno habrá de ser por todo extremo mayor. *La mano del que me entrega*—dijo Jesús en la noche de la Cena—*está conmigo en la mesa. ¡Ay de aquel hombre por quien yo sea entregado!* Y como después de esta terrible amenaza, le dijera los discípulos: *Señor, he aquí dos espadas* suspendidas de la pared, respondió Jesús: *Basta* (1).

Verdaderamente, basta para el cristiano considerar las dos espadas del Cenáculo para temblar de espanto ante la idea de una Comunión sacrilega; una espada es el remordimiento de la conciencia, otra la indignación divina en que incurre; una la pena

(1) Domine, ecce duo gladii hic. At ille dixit eis: Satis est. (Luc., XXII, 38.)